

DE NUEVO, EL COLEGIO MADRILEÑO DE DOÑA MARIA DE ARAGON

El Colegio y Monasterio de Nuestra Señora de la Encarnación de Madrid ha sido, a pesar de su desaparición, uno de los edificios de fines del siglo xvi que más han estado presentes en los estudios dedicados a este período de nuestro arte. Es indudable que, además de su errónea atribución al Greco, fue su infrecuente —y también errónea— planta elíptica lo que más llamó la atención de los estudiosos. Si Otto Schubert¹ fue el primero en ocuparse del edificio madrileño, cayendo en ambos errores, sus seguidores fueron parcialmente enmendando tales yerros. Wethey² rechazó la atribución al pintor cretense (basándose más en la lógica que en la documentación) y Bonet Correa demostró que su planimetría no era la elíptica sino la más tradicional planta rectangular³. Hace pocos años nuestro buen amigo Agustín Bustamante García⁴ conseguía sacar a la luz nuevos y preciosos documentos que vinieron a aclarar el problema planteado por la fundación de la dama de honor de la Infanta Isabel. Bustamante supuso que las obras del colegio y convento de los agustinos habían dado comienzo hacia 1581 y demostró que las obras del colegio y de la iglesia habían terminado hacia 1590; las de la sacristía en 1594 y las del monasterio —casa conventual— en 1601, fecha de inauguración del conjunto. Todavía en 1618, sin embargo, continuaban los trabajos de la fachada colegial. Bustamante demostró la participación de Francisco de Mora en las obras desde 1594, en calidad de tracista y director de la fábrica, y supuso que al discípulo y ayudante de Juan de Herrera se debía la proyección del conjunto. Y sin embargo, los archivos siempre guardan más documentos de los que se pueden encontrar, las cosas no fueron tan sencillas como pueden parecer.

Nuevos documentos, procedentes del Archivo Histórico Nacional, vienen a complicar la historia de esta obra y a aclarar —¿por fin?— su génesis y paternidad. Las obras del Colegio de doña María de Córdoba y Aragón dieron comienzo en 1581, empezándose a trabajar por la iglesia y la casa de los patronos de la fundación (con huerta incluida). La iglesia y la casa patronal fueron contratadas por el maestro de obras Francisco de Montalbán el 17 de septiembre de 1581 (ante el escribano madrileño Juan de Angulo), en precio

¹ OTTO SCHUBERT, *El Barroco en España*. Madrid, 1924, p. 125.

² HAROLD E. WETHEY, *El Greco y su escuela* (1962). Madrid, 1967, I, p. 88 v II, p. 25.

³ ANTONIO BONET CORREA, *Iglesias madrileñas del siglo XVII*. Madrid, 1961, pp. 32 y 53.

⁴ AGUSTÍN BUSTAMANTE GARCÍA, «El Colegio de doña María de Aragón, en Madrid». B.S.A.A. 1972, pp. 427-38.

que llegaba a los 16.000 ducados⁵. Durante un año no debió levantarse mano de la obra pero pronto comenzaron a surgir problemas técnicos. Se descubrió que la fábrica de la iglesia iba «falsa»; el maestro de obras fue denunciado ante las autoridades correspondientes y el pleito que se entabló llegaría hasta el Consejo real. El alcalde don Alvaro García de Toledo había sentenciado a favor de doña María y obligado a Montalbán a devolver a sus clientes 200 ducados de lo que se le había adelantado a cuenta. El maestro de obras reclamó y, por fin, el Consejo confirmó la sentencia el 19 de octubre de 1582 y el 26 de enero de 1583: devolver lo recibido y deshacer lo hasta la fecha labrado, en falso.

Doña María, resuelto este primer impedimento, volvió a poner manos a la obra. Desechó la idea de contratar nuevamente la obra a precio fijo y decidió concertarla pagando los materiales, 2.000 ducados y dejando el pago del trabajo «de manos» a tasación, terminada la fábrica. Sobre estas nuevas bases económicas se concertó «de palabra» con el maestro de obras Francisco de Grajal. Las obras se reanudaron. Pero la emperatriz María de Austria, viuda de Maximiliano II, ordenó a Grajal que se ocupara de la obra del «ospital de la Princesa de Portugal» (el Hospicio de la Misericordia de doña Juana de Austria) y el maestro rescindió el contrato verbal con doña María de Aragón.

Doña María contrató a continuación al alarife madrileño Alonso Carrero, quien se comprometió a realizar tanto la obra de la iglesia como el cuarto de la casa patronal. Para las labores de cantería y sillería la fundadora contrató al cantero Martín de Pagaegui el 31 de enero de 1584 (ante el escribano García de Tosinos), fecha probablemente próxima a la del contrato con Carrero. En 1590 la iglesia estaba terminada y lo mismo sucedía con el cuarto de doña María de Aragón, pero no así con las obras de cantería. Al poco de fallecer la fundadora, a fines de 1593, murió también Pagaegui. Su viuda, fiadora del cantero, se ofreció a proseguir la obra pero don Jerónimo de Chiriboga, canónigo de la colegiata de Talavera de la Reina y albacea de doña María, se negó a concederle la obra a toda costa. Según el memorial que don Alvaro de Córdoba, hermano de doña María, envió a Felipe II al fallecer su

⁵ A. H. N. de Madrid. Consejo de Castilla, Lg. 27.831, expediente 4. Se trata de un Memorial sobre la obra del Colegio redactado en Madrid, el 8 de mayo de 1595 por Bartolomé de Salcedo, con motivo de dar cuentas al consejo de los gastos de la fundación. Se encuentra inserto en un pleito, llevado al Consejo interpuesto a don Alvaro de Córdoba por reclamación de alcabalas. El hermano de la fundadora había acusado a los albaceas testamentarios de despilfarro y de haber aumentado los gastos siguiendo el consejo del Cardenal Quiroga. Se incluyen en este expediente, entre otros documentos, los testamentos de doña María de Aragón (Madrid, 5 de septiembre de 1593, ante el escribano Gaspar Testa, original ológrafo) y del cardenal y arzobispo de Toledo don Gaspar Quiroga (traslado en Madrid, 20 de noviembre de 1594, escribano Pedro de la Lastra), su codicilo (Madrid, 10 de noviembre de 1594, escribano Juan Gutiérrez; testamento cerrado del 27 de noviembre de 1592) y nombramiento de albaceas testamentarios (Madrid, 27 de octubre de 1592, escribano Pedro de Salazar y Madrid, 12 de julio de 1594, escribano Juan Gutiérrez).

hermana, la obra de cantería interrumpida salía perjudicada y su separo acarrearía el gasto —en conformidad a las «traças de aora»— de la suma de 3.000 ducados, cantidad importante.

La obra de cantería comenzada por Pagaegui en 1584 debía ser, sin duda alguna, la de la portada de la iglesia, que todavía no habría terminado en 1618 Martín de Cortairi o Gortaide⁶. Pero ¿qué significa la frase «conforme a las traças de aora»? Es indudable que en 1594 se habían modificado las trazas de la fachada de la iglesia y que éstas debían formar parte de las ocho pagadas a Francisco de Mora el 28 de febrero de 1594⁷. Las otras, en número indeterminado, trazas del arquitecto conquense corresponderían a la obra de los cuartos del monasterio, dado que el colegio se habitaba desde 1590. Naturalmente estas nuevas trazas de Mora suponen la existencia de otras, «viejas» que en parte se modificaban en 1594. Por estas trazas viejas se habría levantado el colegio, el cuarto de doña María de Aragón, la iglesia conventual y colegial y parte de su portada. Este proyecto viejo se debió a otro arquitecto. No fue pues Mora el que inició las obras en 1581 sino otro discípulo y ayudante de Juan de Herrera: Juan de Valencia.

La documentación ahora manejada es bien explícita sobre este particular. Se señala que la obra de la iglesia, casa patronal y huerta, contratada por Montalbán, se debía realizar y fue realizada —Valencia fallecería en 1591— con trazas y condiciones del hijastro de Luis de Vega. Al poco de fallecer Valencia, Francisco de Mora se haría cargo de la prosecución de la fábrica y se producirían las modificaciones. Es lástima que esta nueva obra documentada de uno de los más directos colaboradores de Juan de Herrera haya desaparecido y sólo nos sea conocida a través de grabados, alguna descripción incompleta y el intento literario de reconstrucción de Bustamante García. Una nueva obra desaparecida que hay que añadir al catálogo de obras desaparecidas de Juan de Valencia⁸. El estilo personal de Valencia, interesante como exponente de la escuela herreriana en vida de Herrera, seguirá todavía envuelto en las sombras de lo desconocido⁹.—FERNANDO MARÍAS.

⁶ A. BUSTAMANTE GARCÍA, *op. cit.*, doc. V, p. 434.

⁷ IDEM, doc. I, p. 432.

⁸ Véase un catálogo, puesto al día, de las obras de Valencia en Alfonso RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS, «La capilla Cerralbo de Ciudad Rodrigo». *A. E. A.*, 190-1, 1975, pp. 199-215.

⁹ Los contratos de Montalbán, Carrero y Pagaegui, que podrían haber contenido condiciones de obra de tipo descriptivo, se han perdido. Los escribanos que los protocolizaron no existen entre los que poseen legajos en el A.H.P.M. La única obra que de Valencia ha llegado hasta nuestros días es la capilla del cardenal y arzobispo de Burgos do Francisco Pacheco de Ciudad Rodrigo. Valencia dio trazas para ella hacia 1585, pero a su muerte sólo se debían haber realizado, a causa de un pleito, las obras de cimentación. En 1595 se hizo cargo de la dirección de la fábrica Juan del Ribero Rada, maestro mayor de la catedral nueva de Salamanca y traductor de Palladio. Aunque éste se comprometió en su contrato a respetar las trazas de Valencia, la norma en la arquitectura española de los siglos XVI y XVII era lo contrario. Un análisis estilístico, en